



Domingo por la tarde

Rafael Belmonte Agüera

Tres mujeres se reúnen los domingos por la tarde en el banco de un parque para hablar de “sus cosas”.

ESCENARIO:

Parque. Una farola, un par de bancos.

PERSONAJES:

FINA. -

CARMELA. -

MERCHE. -

CARMELA y **FINA** están sentadas en uno de los bancos tejiendo con agujas y cierta soltura. **MERCHE**, de pie, mira al lado opuesto, a lo lejos.

FINA: Tú eres demasiado confiada, Carmela. Eso es lo que te pasa. Si tuviera que luchar contra mí... ¡vamos! Pues buena soy yo para esas cosas.

CARMELA: ¿Luchar? ¿Por qué luchar? Un matrimonio no tiene por qué ser una guerra, Fina. Que no, que no. Estás totalmente equivocada. Escucha: si no llega más temprano, es porque no puede. Yo sé que Fabián es un hombre íntegro. Y honesto. No para de demostrármelo. Si hubiera algo por ahí escondido, si él temiera algo que yo pudiera descubrirle, como tú dices, me lo diría antes.

FINA: Sí, sí, te lo diría... Mira, a mí, mi Fabián, me llega a las cinco de la mañana a casa, diciéndome que viene de una reunión muy importante...

CARMELA: *(La corta. Cansada)* De cazar grillos, Fina. Te lo he explicado un ciento de veces. No confundas. De cazar grillos. Si a mí me dijera que viene de una reunión a las cinco de la mañana, no podría creerle. No se reúne con nadie a esas horas, que yo sepa.

FINA: ¿Y de cazar grillos?, ¿sí?

CARMELA: Naturalmente.

FINA: Mmm... Pero ¡qué confiada!

CARMELA: Pero, ¿no ves que es una burrada?

FINA: Por eso.

CARMELA: ¿Para qué iba a inventarse algo así?

FINA: Pues para que tú estuvieras tranquila en sus sospechosas ausencias de madrugada. ¿No ves que eso es algo increíble?

CARMELA: ¡Fina!

FINA: Huy, qué corta eres. ¿No ves que esa es la conclusión a la que él quiere que llegues?

CARMELA: Qué retorcida eres.

FINA: No soy retorcida, Carmela. Es que los hombres ven siempre el más allá en donde sólo hay más acá. O sea, nosotras; bueno, las otras. Y a ellos sí se les retuerce el pescuezo de tanto volverlo para mirarlas. ¡A ellos! ¿Me comprendes? Si fueran pollos...

CARMELA: Pues como a nosotras. ¿O es que a ti no te gusta volver la cabeza cuando pasa alguno?

FINA: ¿A mí? De eso, nada. Yo estoy en donde me corresponde. Las mujeres, en general, y yo en particular, estamos en nuestro sitio. Cada vez más. No andamos, como ellos, con urgencia de calentura en la sangre. Paciencia, eso tenemos; que todo llega. Y de nuestro tesón y buena voluntad, qué te voy a contar. Y miramos de frente. No te confundas.

CARMELA: ¿Todas las mujeres son como tú dices? ¿Y todos los hombres de la otra manera? ¡Vamos!

FINA: Quien no lo sea, debería. Yo te lo digo.

Pausa.

¡Grillos! ¡A las cinco de la mañana!

CARMELA: Vamos a ver: ¿cuándo están los grillos en su máxima plenitud expresiva? Dale que te dale a las alas, que debe de ser de cansado... ¡Hasta que no se acostumbren, de pequeños infantes lo deben pasar fatal! Dime:

¿cuándo? No me contestes. Yo te lo diré: durante la noche. ¿Cuándo quieres que vaya a cazarlos? ¿A plena luz del día? ¿Para venir de vacío? Su ego no lo soportaría.

FINA: ¿Pero es que tú te crees de verdad que va a cazar grillos, Carmela?

CARMELA: Como que le ayudo a contarlos. Llega, me despierta con un beso. Es el beso más dulce de todo el día, ¿sabes? Y mientras yo pongo la italiana al fuego, él empieza a contarlos. Los va trasladando con mucha precaución de una caja a otra, y cuando yo llego, los terminamos de contar y nos tomamos el café. La misma rutina cada vez que sale de caza. Pero él es feliz. Y yo, de verlo.

FINA: ¿Y tú no te has parado a pensar, aunque a ti esto de pensar se te antoje que es para hacerlo en un cursillo de aprendizaje de esos subvencionados, que pueden ser los mismos grillos de un día para otro?

CARMELA: ¡Ay, los mismos grillos!

FINA: ¿De qué te ríes? Los mismos grillos, sí. Son todos iguales. Negras como el café tostado que te bebes, las hembras. Y la raya amarilla en el cuello, los machos, pero también negros.

CARMELA: ¿Cómo sabes tú tanto de grillos?

FINA: (*Nerviosa*) ¿Yo? ¿De grillos? Ni idea. No sé nada de grillos. Sé lo que todo el mundo. Ya está.

CARMELA: ¡Los mismos grillos!...

FINA: ¿Qué te pasa? ¿Es que les pones nombre?

CARMELA: Si te cuento una cosa, ¿no la dirás?

MERCHE orienta sus orejas hacia ellas.

FINA: ¿Yo? Nunca. Jamás. ¿Cuándo me has contado tú a mí algo que yo haya

repetido? Me ofendes con la duda, Carmela. (*Llora falsamente*) Si no fuera porque me he hinchado a llorar esta mañana por culpa de mi “Fabián”, te enterarías tú de lo que es estar bañada en un mar de esos de lágrimas...

CARMELA: Será por culpa de tu Julián, ¿no?

FINA: Claro, ¿por quién va a ser? Por Fabián.

CARMELA: ¿Otra vez?

FINA: ¿Qué pasa?

CARMELA: Que estás repitiendo “mi Fabián” constantemente.

FINA: Pues eso: Fabián.

CARMELA: ¡Otra vez!

FINA: ¿Otra?

CARMELA: Dices “mi Fabián”. Y que yo sepa, deberías decir “mi Julián”, que así es como se llama el tuyo, y no Fabián, que es el mío.

FINA: ¿Y qué he dicho? Mi Fabián.

CARMELA: Acabas de repetirlo, Fina. Y tu marido se llama Julián. Es el mío quien se llama Fabián. Ya no sé cómo explicártelo.

FINA: Huy, es que estoy de despistada estos días... Tengo tantas preocupaciones que la cabeza se me llena de grillos.

MERCHE: (*Con intención. Sin apartar la mirada de lo suyo*) Sí, sí..., de grillos.

FINA: Tú, cállate, Merche. Cállate, ¿eh? Que tienes mucho por lo que callar y bien poco por lo que hablar. Pues sólo faltaría que viniera esta...

MERCHE: Si yo hablara, Fina...

FINA: ¡Qué!

MERCHE: Huy, si yo hablara.

CARMELA: ¿Qué os pasa?

FINA: Nada. ¿Qué nos va a pasar? Aquí nunca pasa nada. (A CARMELA)

Cuéntame ese secreto que yo no podré repetir nunca. Tú fíate de mí, que eso lo tendrás claro.

MERCHE: Clarísimo.

CARMELA: ¿Un secreto?

FINA: Sí, ibas a contarme los nombres que les pones a los grillos, para reconocerlos, cuando se ha metido por medio la Merche.

MERCHE: Merche no se ha metido en nada. Merche está mirando a su hijo, que es lo que hace una buena madre. Una madre preocupada por el crecimiento de su hijo. Y no por los nombres que le pone a los grillos el marido de su amiga Carmela.

FINA: Cállate, eh, Merche. Cállate. Que tú tienes los ojos en los columpios y las orejas encima de nuestro banco. Que ya te conozco yo a ti.

MERCHE: Si lo que yo he hablado es como si no hubiera dicho nada.

FINA: Bueno. Pero hay miradas que parecen frases, Merche. Y tú te largas cada párrafo con los ojos que ya..., ya... Dime, dime, Carmela. No escuches a Merche que acabará hablándote de cómo trabaja ella su huerto. Y ahí tenemos más de una por lo que callar, ¿eh? Más de una.

CARMELA: (Por MERCHE) Cuenta, cuenta.

FINA: Primero, tú.

CARMELA: ¿Yo?

FINA: Sí, tu seguridad en que nuestro Fabián se dedica a cazar grillos hasta las tantas de la madrugada.

CARMELA: ¿Cómo... "nuestro"? ¡Otra vez!

FINA: ¿He dicho nuestro? ¿Eso he dicho? Mujer, son todos tan parecidos...

CARMELA: ¿Parecidos?

MERCHE: Todos los pájaros duermen con una pata encogida.

FINA: Cállate, ¿eh? Cállate.

CARMELA: Déjala. Ha dicho sólo algo de los pájaros.

FINA: De los pájaros. Pero ha querido decir otra cosa. Que a esta ya la conocemos.

CARMELA: A lo tuyo, Fina. ¿Qué has querido decir con lo de “nuestro” Fabián?

FINA: Pues... No seas tan susceptible, Carmela. Eso, que no seas tan susceptible. Porque un poco mío, también es. Como mi Julián es un poco tuyo.

CARMELA: Ah, no. Yo tu Julián no lo quiero para nada.

FINA: Pues tampoco es eso. Nuestro Julián tiene muchas virtudes. Muchas, Carmela.

MERCHE: Sobre todo cuando no está en casa.

FINA: ¿Qué has querido decir con eso? ¡Qué!

MERCHE: Yo no sé nada. (*Grita, a su hijo*) ¡Antoñito, bájate de ese árbol!
¡Inmediatamente!

FINA: Es que hay que fijarse, ¿eh? Los niños de ahora están deseando subirse a los árboles, con las ganas que nosotras teníamos de bajarnos de las nubes.

MERCHE: Deja a un lado a mi Antoñito, Fina.

FINA: (*A MERCHE*) Pero, ¿qué has querido decir tú con eso de que cuando mi Julián no está en la casa?

MERCHE: Nada.

FINA: Algo significará, ¿no?

MERCHE: Te digo que nada.

CARMELA: *(A FINA)* Déjalo.

FINA: ¿Cómo lo voy a dejar? Si se está metiendo conmigo siempre. Cada vez que quedamos en los bancos, ella me da la espalda, habla hacia allá, pero se refiere a mí. ¿Cómo lo voy a dejar? A mí estas cosas me afectan. Y luego me sienta mal la cena. ¡Cómo me va sentar!

MERCHE: Si tú te empiezas a meter con mi huerto...

CARMELA: *(Aplacando)* Eso ya pasó, Merche.

MERCHE: Pues se ve que no. Porque no pierde oportunidad para refrescarme la memoria.

CARMELA: Es verdad, Fina.

FINA: Pues ni que yo fuera una nevera. Yo no refresco nada a nadie. Comento. Ya está.

MERCHE: Y cada una tiene sus formas. Y a respetarlas. Mientras mis formas no afecten a las tuyas.

CARMELA: Pues sí.

FINA: Nada. Que una no puede hablar.

MERCHE: Y cuando se habla del hijo de una, una se pone el mundo por montera y empieza a dar coces, vale, pero lo primero es lo primero.

CARMELA: Pues sí. Claro que sí.

MERCHE: Ya sé que no te sentó nada bien que tuviera a mi hijo de la forma en que lo tuve.

FINA: Pues no.

MERCHE: Pero sucedió como sucedió porque yo quise que sucediera.

FINA: Y tanto, y tanto.

CARMELA: Eso es verdad. Bastante tuviste con enfrentarte a todos.

MERCHE: A toda mi familia, dilo. Para que una amiga... Aunque, claro, como llamamos amigo a cualquiera...

FINA: ¿Cualquiera? ¿Me estás diciendo que soy una cualquiera?

MERCHE: Yo no he dicho eso.

CARMELA: No lo ha dicho. Anda, Fina, siéntate. Te contaré lo de los grillos.

FINA: *(Despreciando a MERCHE)* Bah. *(A CARMELA)* ¿Qué haces con los grillos? ¿Por qué estás tan segura de que va a cazarlos?

CARMELA: Pues porque sí. Tengo mis motivos.

FINA: Dime, dime.

CARMELA: Un día los pinté.

FINA: ¿El qué?

CARMELA: Los grillos.

FINA: ¿Uno a uno?

CARMELA: Uno a uno. Con pintura de uñas.

FINA: Por desconfianza, ¿no?

CARMELA: No, no. Por seguridad. Para cerciorarme de que no eran los mismos de la noche anterior.

FINA: ¿Eso hiciste?

CARMELA: Eso hice.

FINA: ¿Y qué?

CARMELA: Pues que cuando vino con la siguiente tanda, llegaban sin pintar.

FINA: ¿Y qué?

CARMELA: Pues que eso demuestra que Fabián cuando dice que va a cazar grillos, es que va a cazar grillos. No necesita inventarse reuniones.

FINA: ¿Y tú no sabes que el esmalte se va con disolvente?

CARMELA: ¡Fina! A todo le buscas la vuelta.

FINA: Es que todo tiene, como mínimo, un anverso y un reverso.

MERCHE: Como las monedas. (*Hacia su hijo*) ¡Antoñito, sácale a ese niño el dedo del ojo! ¿Será posible?

FINA: ¿Es que no es verdad?

CARMELA: Mira, Fina, yo no lo he probado. Pero estoy segura de que si refregaras con disolvente a un grillo, lo dejarías para el arrastre. O por lo menos dejaba de cantar. Y ya no serviría...

FINA: Eso sí. Y los picotazos que te dan, ¿eh?, a la que te descuidas.

CARMELA: ¿Cómo lo sabes?

FINA: (*Nerviosa*) ¡Yo que voy a saber!

MERCHE: (*Con mucha intención*) Ya, ya. Ella qué va a saber.

CARMELA: Lo has dicho ahora mismo.

FINA: (*Que teme haber sido sorprendida*) Porque... me lo imagino. Tendrán boca o pico, como todo el mundo. Comerán, como todo bicho viviente. Y en cuanto se les provoca, digo yo que se defenderán a mordiscos, porque arco y flechas no creo que usen.

CARMELA: No me convences, Fina.

MERCHE: ¡Antoñito, que te vas a caer de ahí! ¡Niño!, ¿me estás oyendo?

FINA: Pues tampoco creo que lleven unas pistolas con sus cartucheras.

CARMELA: (*Suspica*) ¿Cuándo fue la última vez que tuviste un grillo en las manos?

FINA: Ni me acuerdo. ¿Cómo me voy a acordar?

MERCHE: (*Canta, bailotea*) Croá, croá, cantaba la rana. Cri, cri, le contestaba el grillo. Croá, croá, cantaba la rana...

FINA: (*Furiosa*) Cállate, ¿eh? A mí no me cantes. Cállate.

CARMELA: Sólo está cantando, Fina.

FINA: Pero canta muy mal. Muy mal y con demasiada intención.

MERCHE: (*Canta, a ritmo de tango*) Y si “tenés” un problema, rodando y rodando, venís hasta mí...

FINA: Nada, que le ha dado por el cante.

MERCHE: ¡Antoñito! (*Sale, en dirección a ANTOÑITO*)

FINA: ¡Menos mal! Si no llega a ser por Antoñito...

Breve pausa.

Y digo yo: ¿para qué usa Fabián los grillos? Es que me intriga, ¿sabes?

CARMELA: Para venderlos.

FINA: ¿Para eso? No puedo creerlo.

CARMELA: Y tanto. Como que se los pagan a tanto la unidad.

FINA: Ah, un respeto; y de los grandes, si hay dinero por medio.

CARMELA: (*Dándose mucha importancia*) Sí, un dinerito extra. Y una cantidad jugosa, e inconfesable. Y dinero negro, tanto como el carbón. Ya te digo. Es para una multinacional. Fabián me ha contado que primero los trituran en una máquina. Hacen de ellos una pasta pegajosa, por ahí, en un país de Asia o África (*baja la voz*), aunque lo que yo creo es que esos bichos no salen de España, buscan mano de obra barata, aquí mismo, que la hay, la hay..., te puedes imaginar... Luego, cuando ya están bien molidos, y ya no dicen ni pío, le añaden no sé qué colorante, su aromatizador, su conservante, su saborizante y los convierten en una papilla blanca de buen ver; a continuación, depositan la papilla en unos contenedores, y con moldes a no sé qué disparate de temperatura, fabrican los cilindros esos alargados blancos y rosas que

anuncian como producto del mar y que la gente compra en el supermercado. Dicen que echan un sabor muy parecido al pescado. Imagínate, y son grillos machacados. Un engañabobos, ya ves. Yo no los compro. Porque lo que pasa: en casa de herrero, cuchara de palo.

FINA: *(Con asco)* Claro. Es comprensible.

MERCHE: *(Entrando)* Mirad lo que ha cogido Antoñito.

CARMELA: Ah, un grillo. Y qué gordo está.

FINA: Yo lo cogeré. *(Lo hace)*

CARMELA: Mujer, Fina, para casa, aunque sea una piedra. Dámelo.

FINA: De eso, nada.

CARMELA: ¿Y tú para qué lo quieres?

FINA: Yo se lo daré a Fabián.

MERCHE: *(Canta)* Croá, croá, cantaba la rana... Cri, cri, le contestaba el grillo...

CARMELA: ¿Tú? ¿A Fabián? ¿Cuándo ves tú a mi Fabián?

FINA: ¡Calla, eh, Merche! ¡Calla!

CARMELA: ¿Qué tiene que callarse Merche?

FINA: El canto. ¿Qué va ser?

CARMELA: ¿Es eso, Merche?

MERCHE: Yo no sé nada.

CARMELA: Sí, sabes.

FINA: Que no, mujer.

CARMELA: ¡Merche!

MERCHE: Que te lo cuente ella.

FINA: *(A MERCHE)* Te vas a acordar.

CARMELA: ¿De qué tendrá que acordarse?

Breve pausa.

¡Habla, Fina!

FINA: (A *MERCHE*) De esto te vas a acordar. Digo, que si te vas a acordar.

MERCHE: Y si se me olvidara, ya te encargarías tú de recordármelo, ¿no?

Como lo de mi Antoñito.

CARMELA: Explícate, Fina.

FINA: No te va a gustar oírlo.

CARMELA: Tampoco me gustará el no oírlo.

FINA: Pues... Pues...

CARMELA: ¡Qué!

FINA: Que le propuse a Fabián irme con él a cazar grillos.

CARMELA: ¿Tú?

FINA: Yo.

MERCHE: Croá, croá, cantaba la rana... Cri, cri, le contestaba el grillo...

CARMELA: Calla, Merche. (A *Fina*) ¿Y qué más?

FINA: Que me dijo que no.

CARMELA: Y qué más.

FINA: Pues que le insistí. Porque en estas cosas ya sabes que yo soy muy insistente.

MERCHE: Hasta el cansancio.

CARMELA: Y qué más.

FINA: Pues que volvió a decirme que no.

CARMELA: Y qué más.

FINA: *(Resistiéndose)* Pues que entonces yo me compré un manual de caza y captura del grillo al aire libre.

MERCHE: Una docena de manuales, di.

FINA: ¡Y qué, si fue una docena! ¡Y qué! *(Con intención de ofender)* Yo sé de otras que no necesitaron manuales para lo suyo...

MERCHE: Hay cosas que se aprenden practicando. Pero como hay quien no practica...

FINA: ¿Qué insinúas?

MERCHE: Croá, croá, cantaba la rana... Cri, cri, le contestaba el grillo...

CARMELA: ¡Y qué más, Fina!

FINA: *(Hace un esfuerzo para ignorar a MERCHE)* Pues que he aprendido mucho sobre grillos.

CARMELA: ¿Y de Fabián?

FINA: No hay manuales sobre Fabianes.

MERCHE: Lo sabe porque también intentó comprarlos, que yo lo sé.

CARMELA: *(A MERCHE)* Tú, calla. *(A FINA)* ¿Y qué pasó?

FINA: Nada.

CARMELA: ¿Eso es todo?

MERCHE: ¿Es poco?

CARMELA: Casi nada. Ya lo sabía.

FINA: ¿Que ya lo sabías?

CARMELA: Claro.

FINA: *(A MERCHE)* Prepárate.

CARMELA: No me lo ha contado ella.

FINA: ¿Fabián?

CARMELA: ¿Quién si no?

FINA: Esto me huele a traición.

CARMELA: Pues Fabián se río un buen rato mientras me lo contaba.

FINA: *(Se pone en pie de repente)* ¿Qué se río mientras...? Ay. *(Se lleva una mano al vientre)* Ay, ay. ¿Qué se río...?

CARMELA: Es que cualquier idiota entiende lo que es un no. Pero tú parece que seas doblemente idiota.

MERCHE: Claro, eso lo entiende cualquiera que no sea doblemente idiota.

FINA: *(Se retuerce de dolor)* Ay. Los garbanzos...

MERCHE: Sí, sí, los garbanzos... Croá, croá, cantaba la rana...

CARMELA: *(Cambia de actitud radicalmente. Preocupada, a FINA)* ¿Te encuentras mal?

FINA: Fatal.

MERCHE: *(Cambia también de actitud)* Pero, ¿de verdad, Fina?

FINA: Que sí, que sí.

Desequilibrada, retorciéndose de dolor, empieza a salir.

MERCHE: Espera, no te vayas. Danos alguna idea para el domingo que viene.

FINA: Ahora no estoy, Merche. Todas las ideas se me han bajado al vientre.

Entiéndelo.

Sale, como puede.

MERCHE: Pues nos hemos quedado a medias. Sabe que los garbanzos le sientan fatal, y se empeña en comerlos.

CARMELA: Porque le encantan, mira tú.

MERCHE: ¿Qué nos inventaremos para el domingo?

CARMELA: Ya lo pensaremos. Vamos a dejar que Fina se desahogue y se le pase el dolor, y ya lo hablaremos entre las tres a mitad de semana.

Pausa.

¿Cómo te va el trabajo?

MERCHE: Estupendamente. Estoy muy contenta. *(Tomándola por el brazo)*

Oye, Carmela, ¿tú crees que somos personas normales?

CARMELA: Hija, igual de normales que los demás. Yo creo que sí. ¿Qué te pasa?

MERCHE: No sé. Pero esto de inventarnos cosas para hablarlas los domingos... Nadie lo hace.

CARMELA: ¡Qué disparate! Todo el mundo, Merche. ¿Qué te crees, que se dedican a decir la verdad de sí mismos, o acaso de los demás? Sería tan aburrido.

MERCHE: Pero no lo planean.

CARMELA: ¿Y qué sabremos nosotras si lo planean o no?

MERCHE: Sí, eso es verdad.

Pausa.

CARMELA: ¿Te acompaño a casa?

MERCHE: Sí. Acompáñame a buscar a Antoñito.

CARMELA: Vamos.

Salen despacio.

OSCURO.